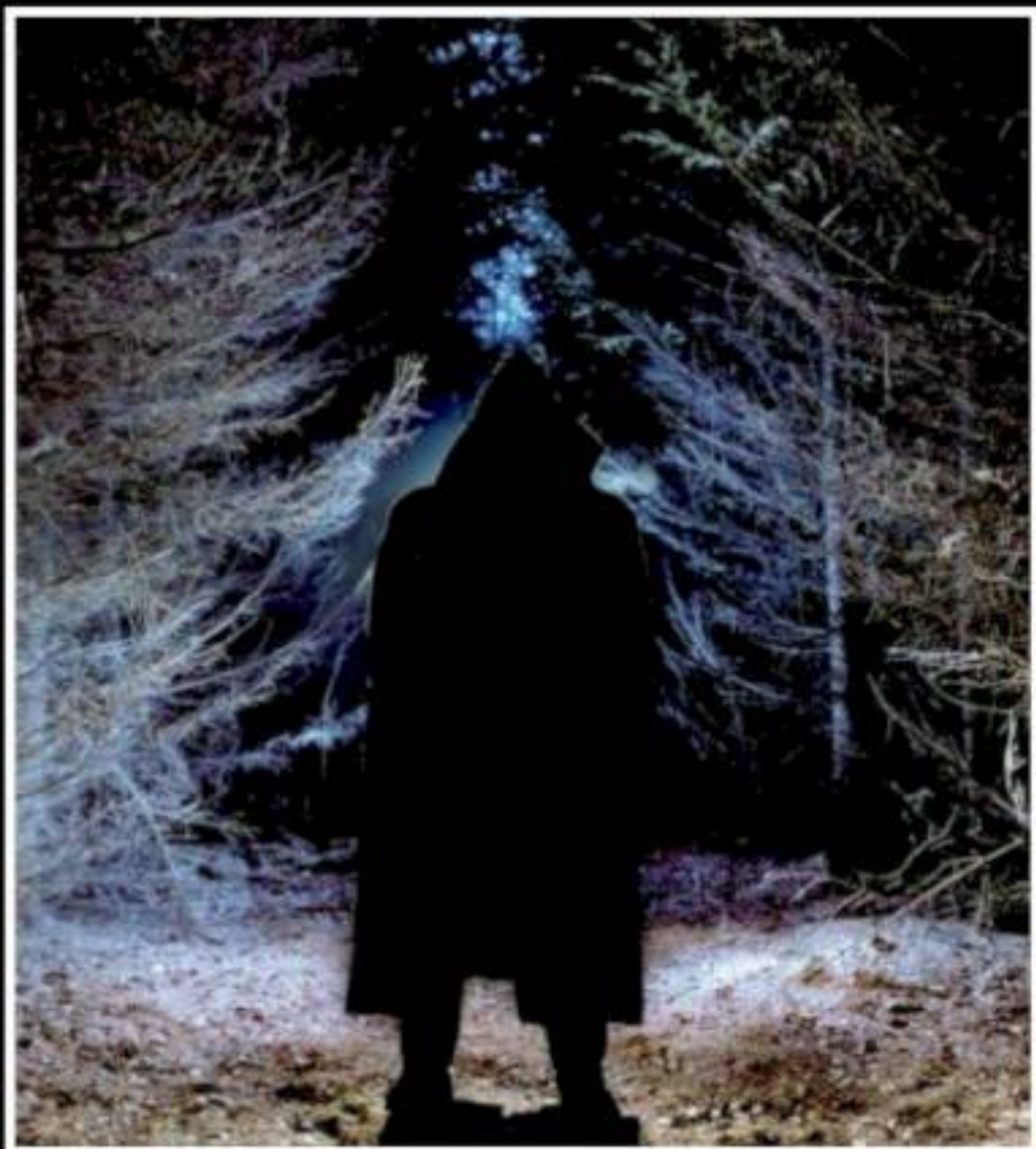


John Connolly

MALVADOS



A finales del siglo XVII, los colonos de una pequeña isla de Maine —llamada no por casualidad Santuario— fueron exterminados por unos asesinos armados de mosquetes y cuchillos. Desde entonces, la isla se ha repoblado y ha disfrutado de trescientos años de paz. Hasta ahora. Porque una banda de criminales se dirige hacia allí en busca de la mujer que traicionó al cabecilla de todos ellos y lo envió a la cárcel. En su camino sólo se interponen dos personas: Sharon Macy, una agente de policía novata, aunque decidida, y el jefe de policía de la isla, un hombre gigantesco, extraño y taciturno conocido con el nombre de Joe Dupree, alias Melancolía. Pero Dupree no es un hombre cualquiera. Es el guardián de todos los secretos que alberga la isla: sabe que Santuario vio correr sangre inocente en el pasado y que no tolerará una nueva matanza. En Santuario, el mal encontrará quien le plante cara.

A mi hermano, Brian

Prólogo

*... sabe que no son torres: son gigantes
hundidos en la fosa, y eso explica
que sus bustos se yergan arrogantes.*

DANTE ALIGHIERI, *Infierno*, Canto XXXI

Moloch sueña.

En la oscuridad de la celda de una cárcel de Virginia se remueve como un diablo viejo al que hostigara el recuerdo de su humanidad perdida. El sueño vuelve a acosarlo, el Primer Sueño, porque en él está su principio y su fin.

En el sueño se halla a la vera de un espeso bosque y la ropa le huele a grasa de animal y a agua salada. En la diestra sostiene algo que pesa: un mosquete, cuya correa de cuero cuelga hasta casi tocar el suelo. Al cinto lleva un cuchillo, un cuerno con pólvora y una bolsa con balas. La travesía hasta la isla ha sido dura, porque el mar estaba embravecido y las olas los sacudían con la fuerza de una mano enorme. En el camino han perdido a un hombre, ahogado al volcar una de las canoas, y con él las olas se han tragado un par de mosquetes y una bolsa de cuero llena de pólvora y de balas. No pueden permitirse perder armas. Son hombres perseguidos, aunque también ellos persiguen esa noche. Es el año del Señor de 1693.

Tres siglos después de la época en que transcurre el sueño, Moloch se revuelve en la litera fluctuando por un instante entre el sueño y la vigilia, antes de hundirse de nuevo en ese mundo de imágenes, de sumergirse en él más y más profundamente, como un hombre que se ahoga en el recuerdo; pues el sueño no es nuevo y a estas alturas sabe que le llega cuando descansa la cabeza en la almohada y al final se rinde a él, con el corazón latiéndole en los oídos, la sangre palpitando.

Y corriendo.

Sabe, en un momento en que emerge de su sueño intranquilo, que ha matado y que volverá a matar. Ensueño y realidad se confunden, porque Moloch ha matado mientras soñaba y mientras estaba despierto, aunque ahora los dos reinos se le han vuelto indistintos.

Estoy soñando.

No estoy soñando.

Lo estoy. Lo estaba.

Pisa arena. Detrás de él han varado las canoas y hay hombres a su alrededor esperando a que ordene emprender la marcha. Son doce en total. Les hace una seña con la mano y los blancos echan a caminar tras él hacia el bosque, los indios enmudecen y corren delante. Uno de ellos se vuelve y se ve que tiene la cara picada y llena de cicatrices y que le falta una oreja, que le cortaron los de su misma tribu.

Es un wabanaki, un wabanaki mercenario, un paria. Viste las pieles con el pelo vuelto hacia dentro, como se estila en invierno.

—Tanto —dice el indígena, nombrando al dios del mal. El tiempo inclemente, el hombre ahogado, incluso el hecho de estar él allí, rodeado de hombres blancos a quienes odia, todo puede considerarse obra del dios malo. Los demás llaman «Cuervo» al wabanaki. No conocen su nombre tribal, aunque se dice que una vez fue un gran hombre entre su gente, el hijo de un jefe, un *sagamore*, y que algún día habría sido jefe también si su gente no lo hubiera desterrado. Moloch no contesta y el indígena sigue adentrándose en el bosque tras sus compañeros exploradores sin decir nada más.

Luego, cuando despierte, Moloch se sorprenderá de nuevo de lo bien que conoce estas cosas (pues el sueño viene repitiéndose con más frecuencia en los últimos meses, e incluso con más detalle). Sabe que no se fía de los indios. Hay tres, dos wabanaki y un mikmaq, a cuya cabeza han puesto precio en Fort-Anne; hombres viciosos que lo sirven a cambio de alcohol, armas y la promesa de que les permitirán cometer violaciones. Ahora le son útiles, pero no se siente seguro con ellos. Su propia gente los repudia y son lo bastante inteligentes para saber que los hombres a los que se han aliado también los desprecian.

En su sueño, Moloch decide que habrá que matarlos cuando hayan hecho su trabajo.

Delante, en la espesura, se oye ruido de una breve lucha e instantes después aparece el asesino mikmaq. Trae sujeto a un muchacho de unos quince años, cuyos gritos sofoca con su manaza. El muchacho forcejea para liberarse y da patadas al aire, impotente. Lo sigue uno de los wabanaki, con el mosquete del chico. Lo han sorprendido antes de que pudiera disparar alertando a los suyos.

Moloch se acerca y el chico lo reconoce y deja de forcejear. Mueve la cabeza e intenta decir algo. El indio le retira la mano de la boca pero sigue oprimiéndole la garganta con un cuchillo, para que no grite. Ahora que puede hablar, al muchacho no se le ocurre nada que decir, pues no hay nada que decir. Solamente echa vaho, que se eleva blanquecino en el aire helado como si fuera una esencia que abandonara el cuerpo, como si su alma huyera del dolor que su ser físico está a punto de sufrir.

Moloch le aprieta la cara con las manos y le dice:

—Robert Littlejohn, ¿te mandaron que me vigilaras?

Robert Littlejohn no contesta. Moloch puede notar que tiembla entre sus manos. Le sorprende que hayan mantenido ese grado de vigilancia durante todo el tiempo. Al fin y al cabo, han pasado muchos meses desde su marcha forzada.

Lo impresiona lo mucho que deben de temerlo.

—Aunque parece que se sienten muy seguros cuando sólo dejan a un chico para que vigile los accesos del norte de Santuario. —Le suelta la cara y lo acaricia con la yema de los dedos—. Eres un chico valiente, Robert.

Se yergue y hace una seña al indio, y el mikmaq empieza a rajarle la garganta al muchacho, sujetándole la cabeza por el pelo y tirando de ella hacia atrás para que el cuchillo corte mejor. Moloch se aparta para evitar que lo salpique la sangre, pero sigue mirando al muchacho a los ojos, mientras la vida lo abandona. En su sueño, Moloch se siente de-

cepcionado por la muerte del chico. No hay miedo en sus ojos, pese a que sus últimos momentos en este mundo han debido de ser terroríficos. En lugar de miedo, Moloch ve una promesa, no formulada pero que deberá cumplirse.

Cuando el muchacho ha muerto, el mikmaq se lo lleva a lo alto del acantilado y lo arroja al mar. El cadáver se hunde y desaparece de la vista.

—Andando —dice Moloch.

Se adentran en el bosque, mirando bien donde ponen los pies para no pisar ramas que podrían crujir con fuerza y alertar a los perros. Hace mucho frío y empieza a caer una nieve que, arrastrada por el fuerte viento, les golpea la cara, pero Moloch conoce el terreno sin necesidad de que los exploradores lo guíen.

Delante, el mikmaq levanta la mano y el grupo se detiene. No hay señales de los otros indígenas. En silencio, Moloch se acerca al guía. El indio señala al frente. Moloch no ve nada hasta que el centinela da una larga chupada y el tabaco rojea vivamente un instante. Aparece una sombra por detrás y el cuerpo del hombre se encorva sobre el mango del cuchillo. La pipa cae al suelo y lo siembra de ceniza roja que se apaga con un chisporroteo en la nieve recién caída.

De pronto empiezan los ladridos y uno de los animales de los colonos, más lobo que perro, surge de unas matas y se acerca amenazadoramente al hombre que Moloch tiene a su izquierda. Salta y se oye un disparo, y el perro da una sacudida y se retuerce en el aire, y con un gemido cae muerto en un rodal de suelo pedregoso. Los hombres salen ahora de sus emboscaduras y se oyen voces que llaman, mujeres que gritan, niños que lloran. Moloch apunta con su mosquete a un colono cuya silueta aparece en la puerta de una de las cabañas, y al que las ascuas moribundas del fuego de dentro convierten en un blanco fácil. Es Alden Stanley, un pescador como el mesías al que tanto adora. Moloch aprieta el gatillo y Alden Stanley desaparece durante un

instante en medio de una nube de humo y chispas. Cuando la nube se disipa, Moloch ve los pies de Stanley que se agitan en el umbral hasta que quedan quietos. Ahora sus hombres se disponen a luchar cuerpo a cuerpo y empuñan cuchillos y blanden hachas de mango corto, aunque aquellas gentes difícilmente pueden presentar batalla. Se creían a salvo en este remoto lugar pensando que bastaba con la vigilancia de un centinela soñoliento y un muchacho subido a una roca y los han pillado desprevenidos. Se lanzan sobre ellos sin darles tiempo ni de cargar las armas. Los colonos triplican en número a sus asaltantes, pero eso no cambiará el resultado. Ya los han vencido. Sus hombres no tardarán en escoger a sus víctimas entre las mujeres supervivientes y las muchachas jóvenes, a las que luego matarán también. Moloch ve a uno de ellos, Barone, ya dominado por la lascivia. Lleva a una niña en brazos, de unos cinco o seis años, de lindo cabello rubio, con un vestido negro muy holgado cuyos pliegues cuelgan como alas de sus brazos levantados. Moloch sabe cómo se llama. En ese momento, Barone la arroja al suelo y se echa sobre ella.

Tampoco en su sueño siente Moloch deseos de intervenir.

Al contrario: ve a una mujer que huye hacia el interior y sale corriendo tras ella. Apenas le cuesta seguirla: hace mucho ruido y las piedras y raíces le arañan la planta y el talón de los pies descalzos, ralentizando su carrera. Moloch la adelanta y la espera emboscado, de manera que, cuando sale de su escondite, ella aún sigue mirando hacia atrás, a la matanza, y la pálida luz que se filtra por las ramas proyecta la sombra de él sobre su cara.

Y cuando la mujer lo ve, su miedo aumenta, aunque él ve también rabia y odio.

—Tú —dice ella—. Tú los has traído.

Con la mano derecha, Moloch le propina una bofetada y la derriba. Ella intenta levantarse, sangrando por la boca. Moloch se arroja sobre ella y le levanta el camisón por enci-

ma de los muslos y del vientre. Ella empieza a darle puñetazos, pero él suelta el arma y con la mano izquierda le sujeta los brazos sobre la cabeza. Con la derecha se busca en el cinto y entonces ella oye el sonido del acero en el cuero cuando él desenvaina el cuchillo.

—Te dije que vendría —susurra él—. Te dije que volvería.

Se inclina más hasta que casi le toca los labios con la boca.

—Me conoces, esposa.

El cuchillo brilla a la luz de la luna y, en su sueño, Moloch pone manos a la obra.

Así pues, Moloch duerme, creyendo que sueña; y muy al norte, en la isla con la que sueña, Sylvie Lauter abre los ojos.

Es enero del año del Señor de 2003. El mundo está torcido. Descansa de lado como si el mundo físico hubiera acabado pareciéndose a la imagen que ella tiene de él. Para ella siempre ha estado inclinado, desequilibrado. Nunca ha encajado bien en él. En la escuela se ha hecho un sitio entre los demás marginados, los que llevan el pelo teñido y los ojos bajos. Le dan cierta sensación de pertenencia, aunque ellos rechazan la idea misma de pertenencia. Ninguno pertenece a nada. El mundo no los aceptará.

Pero ahora ese mundo se ha alterado. Los árboles crecen oblicuos y se ha abierto una puerta que deja ver el firmamento nocturno. Extiende la mano para tocarlo pero una telaraña le empaña la vista. Aguza la mirada y ve un destello radiado en el cristal que se hace añicos. Parpadea.

Hay sangre en sus dedos y en su cara.

Y siente dolor. Tiene las piernas terriblemente oprimidas y el pecho le duele mucho. Al respirar es como si le clavaran agujas. Traga y la lengua le sabe a cobre. Con la mano derecha se limpia la sangre de los ojos y su visión se aclara.

El capó del coche se ha empotrado en un roble y sus piernas se pierden en medio de la chatarra del salpicadero y del motor. Recuerda el momento en que el coche se desvió sin control pendiente abajo. La noche se rebobina ante sus ojos. El accidente mismo es un caos de imágenes y sonidos. Recuerda que se sintió extrañamente tranquila cuando el coche chocó contra una gran porción de hormigón levantado y la parte delantera del vehículo se elevó por los aires. Recuerda que el parabrisas se llenó de ramas y de hojas verdes; el ruido sordo del impacto; el gruñido de Wayne, que le recordó el sonido que emite cuando algo lo asombra, cosa que ocurre a menudo, o cuando tiene un orgasmo, cosa que ocurre a menudo también. Sigue rebobinando y se ve a sí misma y a Wayne en lo alto de una pendiente artificial, en lo que antes eran almacenes de armas y búnkeres del ejército, dispuestos a lanzarse en punto muerto pendiente abajo. Ahora entra en el garaje y ve a Wayne robando el coche. Ahora está de espaldas en una cama y Wayne le hace el amor. No lo hace bien, pero es Wayne, su novio.

Wayne.

Se vuelve a la izquierda y lo llama, pero nadie le contesta. De nuevo articula el nombre y consigue susurrarlo.

—Wayne.

Pero Wayne está muerto. Tiene los ojos entornados y la mira como con pereza. Por la boca mana sangre y tiene el eje del volante clavado en el pecho.

—Wayne.

Rompe a llorar.

Cuando abre los ojos, ve unas luces enfrente. Gente, piensa, gente que acude en su ayuda. Las luces se pasean por el parabrisas y el capó destrozado. Una de ellas, iluminando el habitáculo con una claridad difusa, pasa por encima y ella se pregunta cómo pueden moverse de tal manera.

—Ayudadme —dice.

Una de las luces se acerca a la ventanilla abierta de su derecha y por fin Sylvie puede ver el bulto que hay detrás. Es una forma encorvada envuelta en hojas, ramas, barro y oscuridad. Huele a tierra húmeda. Alza la cara y a la tenue claridad que se difunde de la lámpara que lleva en la mano Sylvie ve una piel gris, unos ojos oscuros como burbujas de aceite y unos labios agrietados y pálidos, y sabe que pronto se reunirá con Wayne, que emprenderán juntos el viaje al otro mundo, donde al fin ella encontrará el puesto que le corresponde en el gran orden que le ha estado oculto tanto tiempo. No tiene miedo. Sólo quiere que el sufrimiento cese.

—Por favor —le dice a la mujer muerta del parabrisas, pero la mujer retrocede y Sylvie nota que tiene miedo, que allí hay algo que incluso los muertos temen. También las otras luces se retiran y Sylvie extiende la mano, implorante —. No os vayáis —ruega—. No me dejéis sola.

Pero no está sola.

Oye un sonido sibilante cerca y una figura aparece flotando al otro lado del cristal. Es más pequeña que la mujer y no lleva luz. Su pelo blanquea a la luz de la luna y lo tiene tan largo y tan revuelto que casi le cubre la cara. Se acerca más y Sylvie siente que la invade el cansancio. Se oye gemir a sí misma. Abre la boca para decir algo pero le fallan las fuerzas para cerrarla.

La figura de la ventana se pega al coche y con las manos, de dedos pequeños y grises, agarra el canto del cristal e intenta bajarlo más. Aunque la sangre y las lágrimas le enturbian de nuevo la vista, Sylvie puede ver que es una niña que trata de entrar en el coche, acompañarla en su agonía.

—Cielo —murmura.

Sylvie intenta moverse y el dolor la recorre con la violencia de una descarga eléctrica, la obliga a girar la cabeza a la derecha de manera que sólo puede ver a la niña de reojo. La mente se le aclara un momento. Si siente dolor, es que

está viva. Si está viva, aún hay esperanza. Todo lo demás no son sino imaginaciones de una mente desquiciada por el sufrimiento y la angustia.

La mujer de la lámpara no era una muerta.

La niña no flota en el aire.

Sylvie nota que algo le pasa por encima rozándole el pecho. Revolotea ante sus ojos y cuando choca contra el techo y las ventanas del coche sus alas chasquean sordamente. Es una mariposa nocturna. Hay más. Las nota en la piel y en el pelo.

—Cielo —dice titubeando, mientras ahuyenta con las manos débilmente los insectos—. Llama a alguien. Ve a avisar a tu mamá o a tu papá. Diles que hay una señora que necesita ayuda.

Los ojos se le cierran. Sylvie está perdiendo el conocimiento. Está muriéndose. Se equivocaba. No hay esperanza.

Pero la niña no se va. Al contrario, se cuelga en el coche por la estrecha abertura que queda entre la ventanilla y la puerta, primero pasa la cabeza, luego los hombros. El sonido sibilante aumenta de volumen. Sylvie siente que algo frío le roza la frente, las mejillas, que al final se le posa en los labios. Ahora hay más mariposas y el sonido que producen suena más y más fuerte, como aplausos que estallaran aquí y allá. Las trae la niña. De algún modo son parte de ella. El frío que nota en los labios se intensifica. Sylvie abre los ojos y ve la cara de la niña junto a la suya, y que con una mano le acaricia la frente.

—No...

Nota entonces unos dedos que le hurgan en la boca, que se abren paso por entre los dientes, y siente en la lengua piel vieja que se deshace como si fuera polvo. Sylvie piensa instintivamente en las mariposas, en lo que sentiría si tuviera una en la boca. Los dedos se han adentrado en ella y palpan, sondan, agarran, tratan desesperadamente de llegar a su calor, a su entraña viva. Ella se resiste e inten-

ta gritar, pero la manita sofoca su voz. La cara de la niña está ahora muy cerca de la suya, pero sigue sin verla bien. Es una imagen borrosa, como una acuarela olvidada bajo la lluvia, las formas se difuminan, se funden unas con otras. Lo único que ve claramente son los ojos: negros y hambrientos, ávidos de vida.

La niña retira la mano y pega la boca a la suya, intenta abrísela con la lengua y los dientes, y Sylvie nota un sabor a tierra, a hojas podridas, a agua oscura y sucia. Trata de quitársela de encima y palpa los viejos huesos bajo el manto de vegetación y prendas ásperas, mugrientas.

Ahora es como si la niña fantasma estuviera chupándole las últimas energías que le quedan; es una niña muerta alimentándose de una niña moribunda.

Es una niña de gris.

Y está hambrienta, muy hambrienta. Sylvie le clava los dedos en el cuero cabelludo y se lo araña con las uñas. Quiere obligarla a desistir, pero la niña se ha agarrado a su cuello y le oprime la boca con la suya. Ve que otros bultos vagos se aglomeran detrás, luces que se juntan, atraídos por la voracidad de la niña de gris, aunque no comparten su apetito y el miedo que le tienen sigue repeliéndolos.

De pronto deja de notar la boca, los huesos de la niña. Las luces se han ido y llegan otras, más potentes, que alumbran de verdad. Un hombre se le acerca y ella cree reconocerlo. Pronuncia su nombre:

—¿Sylvie? ¿Sylvie?

Sylvie oye sirenas que se acercan.

—No te vayas —murmura. Le coge el brazo y lo atrae hacia sí—. No te vayas —repite—. Volverán.

—¿Quiénes? —pregunta él.

—Los muertos —contesta ella—. La niña.

Quiere escupir el sabor de la niña, y por la barbilla le chorrea sangre y polvo. Empieza a temblar, y el hombre la abraza y procura confortarla, pero nada puede confortarla.

—Estaban muertos —dice—, pero llevaban luces. ¿Para qué necesitan luz los muertos?

Y el mundo por fin se vuelve negro y ella obtiene la respuesta que buscaba.

Las olas rompen contra la costa de la isla. No hay luz en casi ninguna casa. No ruedan coches por Island Avenue, la calle mayor de la pequeña localidad. Más tarde, cuando amanezca, el jefe de correos, Larry Amerling, se sentará a su mesa y esperará el barco correo que trae la primera correspondencia del día. Sam Tucker abrirá el mercado de Casco Bay y pondrá a la venta la hornada diaria de rosquillas, cruasanes y pasteles. Llenará las cafeteras y saludará por su nombre a los que se pasen a llenar sus tazas antes de tomar el primer ferry del día con destino a Portland. Más tarde, Nancy y Linda Tooker abrirán el Dutch Diner para la tradicional jornada de siete horas —de siete a dos, siete días a la semana—, y los que puedan permitirse tomarse la vida con más calma bajarán tranquilamente a desayunar y a cotillear un rato, comiendo huevos revueltos con beicon y mirando por la ventana el pequeño embarcadero al que el ferry de Archie Thorson llega y del que parte con razonable regularidad y con puntualidad algo menos razonable. A mediodía, Jeb Burris dejará de atender el motel Black Duck y pasará a atender el bar Rudder, aunque tampoco en invierno el trabajo le quita mucho tiempo. De jueves a sábado, Good Eats, el único restaurante de la isla, abre para ofrecer cenas, y Dale Zipper, el cocinero y propietario, bajará al atracadero a negociar el precio de langostas y cangrejos. Los camiones de Construcciones Jaffe, la mayor empresa del ramo de la isla (con un total de veinte empleados), saldrán a realizar las tareas del día, que van desde la construcción de viviendas a la reparación de barcos, pues Covey Jaffe se precia de tener una plantilla flexible. Como es principios de enero, sigue sin haber escuela, por lo que el cole-